



De izquierda a derecha: La presidenta de la Asociación, Inmaculada Álvarez, con las tres premiadas, Ángela Navarro, Rosa García y Carmen Cantero.



Las premiadas por la Asociación de Empresarias de Madrid son seres humanos desbordantes que han dado rienda suelta a eso que la sociedad necesita a toneladas: bondad e inteligencia emocional.

Larga vida a la emotividad

Tengo una buena amiga que organiza los momentos estelares de su vida con una meta tan simple y complicada al tiempo como es hacer mágico lo cotidiano. Lo lleva a su relación de pareja y con los amigos. Lo ha llevado a su jardín para convertir una vulgar parcela en su propio paraíso terrenal. Desde que la escuché contar, yo misma he intentado poner en práctica su consigna. No siempre con resultados. Aviso. Seguramente, esa es la razón de que abriera tremendamente los ojos y escuchara con atención el relato que la subdirectora de YO DONA, Pepa Bueno, me hizo de la entrega de premios de la Asociación Española de Mujeres Empresarias de Madrid. Pepa es, con toda probabilidad, la persona más empática que conozco; tanto, que esperanzas de ella un gran cuerpo ahí donde aparece la levedad en la que no sabes cómo cabe tanta capacidad para ponerse en el lugar del otro, para entender al otro. Cuando me contó que se había emocionado escuchando a las galardonadas en aquel premio, estuve segura de que no habría sido en vano. Después, una vez conocida la historia, comprendí que los discursos de aquellas mujeres nos habían conmovido precisamente porque ellas también habían sido capaces de hacer mágico lo cotidiano. Y, sobre todo, eran capaces de contar con la emotividad de la que, albricias, hacemos gala las mujeres. Se trataba de personas muy inteligentes, de seres humanos desbordantes y de gentes que han sabido dar rienda suelta a eso que la sociedad necesita a toneladas, como es la bondad y la inteligencia emocional.

Eran los casos de tres mujeres que han sido capaces de poner en marcha empresas complicadas y que sólo lo han logrado a fuerza de trabajo y cariño. El premio Empresaria del Año recayó en Carmen Cantero, productora de espectáculos de danza y teatro, actividades, digamos, poco lucrativas en lo económico y mucho en lo creativo. Lo emocionante de su discurso es que fue capaz de

contar eso mismo, es decir, que sus palabras estaban llenas de emotividad, por el premio y por unos momentos complicados por los que estaba pasando. Todo el mundo lo entendió cuando dedicó el premio a «Antonio, donde quiera que estés». Me contaba Pepa Bueno que le dejó impactada la historia de Rosa García, consejera delegada de Microsoft Ibérica, nombrada Directiva del Año, no sólo por sus complicados comienzos, sino por su capacidad de trabajo. Dejó pronto el acto porque debía tomar un avión a las 22.30 horas para llegar a Barcelona y coger allí un coche hasta una ciudad cercana a Génova, donde a la mañana siguiente, bien temprano, tenía una reunión de trabajo. Pero ahí donde la emoción te embarga es con la conocidísima peluquera Ángela Navarro, esa rubia de voz rota y un alma que no entra en el cuerpo, una mujer a la que sientes no ver de continuo por lo que podrías aprender de ella, y que fue premiada como Emprendedora del Año. Lo que aprendes cuando te habla no es peluquería, sino humanidad. Y en el fondo de su premio está eso, la humanidad, porque, después de cortar y cambiar el look a media farándula española, Ángela decidió dedicar su talento y su esfuerzo a las personas que están sufriendo tratamientos oncológicos, para ayudarles a mejorar su estado estético y, por ende, el anímico, a través del pelo, restituyendo el que cae, con toda la imaginación y su buen hacer profesional.

Son historias que emocionan porque hacen mágico lo cotidiano y porque la gente buena te impulsa a ser mejor.

P.D. 62 mujeres han muerto en lo que va de año a manos de sus parejas o ex parejas.